

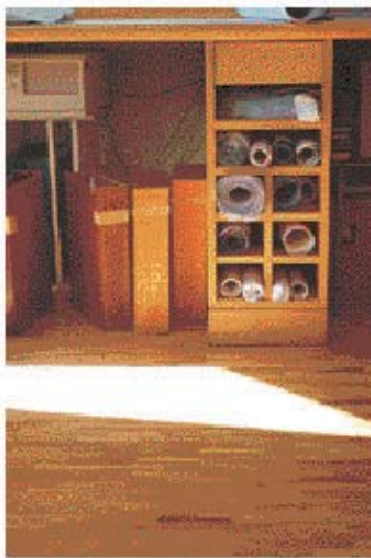
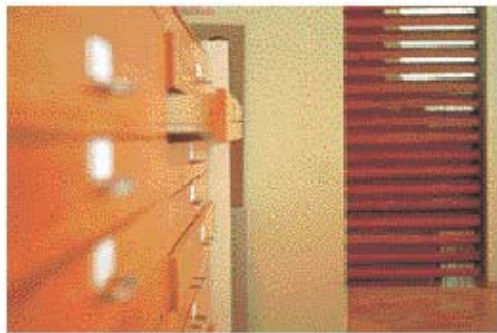


TEODORO FERNÁNDEZ LARRAÑAGA

## Talleres de Arquitectos

"(...) Sería una sala de estar, de unos siete metros de largo y unos tres de ancho. A la izquierda, en una especie de alcoba, un gran diván de cuero negro desgastado estaría flanqueado por dos librerías de madera clara de cerezo en las que se amontonarían libros en desorden. Sobre el diván, un portulano ocuparía toda la longitud del panel.

Más allá de una mesita baja, debajo de un tapiz de oración de seda sujeto a la pared por tres clavos de cobre de cabeza gruesa, y que haría juego con el cortinaje de piel, otro diván, perpendicular al primero, tapizado de terciopelo marrón claro, conduciría a un pequeño mueble alto, lacado color rojo oscuro, provisto de tres anaqueles que



JOSÉ DOMINGO PEÑAFIEL



## ... o donde se hace la arquitectura

sostendrían diversos *bibelots*: ágatas y huevos de piedra, cajas de rapé, bomboneras, ceniceros de jade, una concha de nácar, un reloj de bolsillo de plata, un cristal tallado, una pirámide de cristal, una miniatura en un marco oval. Más lejos, después de una puerta acolchada, unos estantes superpuestos, ocupando el ángulo, contendrían

álbumes y discos, al lado de un tocadiscos cerrado del que sólo se distinguirían cuatro botones de acero rayados con líneas entrecruzadas, y sobre éste, un grabado representando el *Gran desfile de la fiesta del Carrusel*. Por la ventana, provista de cortinas blancas y pardas a imitación de la tela de *Jouy*, se divisarían algunos árboles, un parque

minúsculo, un trozo de calle. Un *secreter* de persiana atestado de papeles, *plumiers*, iría acompañado de una butaquita de rejilla. En una consolita habría un teléfono, una agenda de piel, un bloc. Luego, más allá de otra puerta, tras una librería giratoria, baja y cuadrada, rematada por un gran florero cilíndrico de decoración azul,



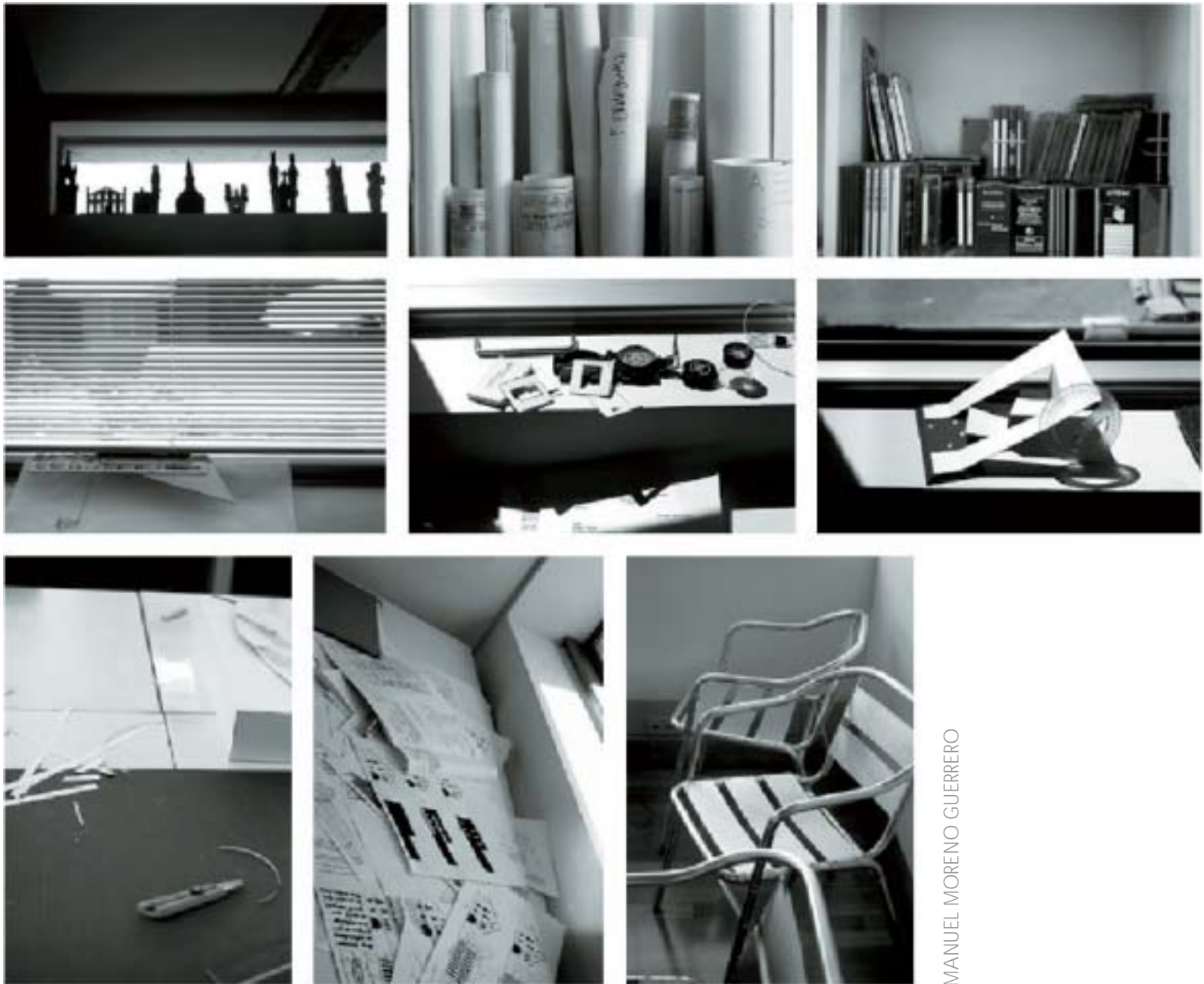
CRISTIÁN VALDÉS EGUIGUREN



llo de rosas amarillas, sobre la que colgaría un espejo oblongo enmarcado de caoba, una mesa estrecha, provista de dos banquetas tapizadas en tela escocesa, llevaría de nuevo al cortinaje de piel. Todo sería pardo, ocre, leonado, amarillo: un universo de colores algo amustiados, de tonos cuidadosa, casi preciosamente, dosificados, en

medio de los cuales sorprenderían algunas manchas más claras, el anaranjado casi chillón de un cojín, algunos volúmenes abigarrados perdidos entre las encuadernaciones en piel. En pleno día, la luz, entrando a chorros, daría a esta estancia un tono algo triste, a pesar de las rosas. Sería una estancia para el atardecer. Entonces, en invierno,

corridas las cortinas, con algunos puntos de luz -el ángulo de las librerías, la discoteca, el secreter, la mesa baja entre los dos sofás, los vagos reflejos en el espejo- y las grandes zonas de sombras en las que brillarían todas las cosas, la madera pulimentada, la seda densa y rica, el cristal tallado, la piel flexible (...)



MANUEL MORENO GUERRERO

(...) En la penumbra, la habitación resultaría aún clara. En la pared, por encima de la cama preparada para la noche, entre dos lamparillas alsacianas, la asombrosa fotografía, en blanco y negro, estrecha y larga, de un pájaro en pleno vuelo, sorprendería por su perfección algo formal. La segunda puerta se abriría a un despacho. Las

paredes estarían totalmente cubiertas de libros y revistas, con, aquí y allá, para romper la sucesión de encuadernaciones en piel y en rústica, algunos grabados, dibujos, fotografías —el *San Jerónimo* de Antonello da Messina, un detalle del *Triunfo de San Jorge*, una prisión de Piranesi, un retrato de Ingres, un pequeño paisaje a pluma de Klee,

una fotografía ennegrecida de Renan en su gabinete de trabajo del *Collège de France*, un gran almacén de Steinberg, el Melanchton de Cranach fijados en paneles de madera empotrados en los estantes. Un poco a la izquierda de la ventana y en posición ligeramente oblicua, una larga mesa de Lorena estaría cubierta por una gran secante rojo.





NEIL KERESTEGIAN

Platillos de madera, largos *plumiers*, botes de todo tipo contendrían lápices, clips, grapas, pinzas. Un ladrillo de vidrio serviría de cenicero. Una caja redonda, de cuero negro, decorada con arabescos de oro fino, estaría llena de cigarrillos. La luz provendría de una vieja lámpara de despacho, difícilmente orientable, provista de una

pantalla de opalina verde en forma de visera. A cada lado de la mesa, casi frente por frente, habría dos sillones de madera y cuero, con altos respaldos. Más a la izquierda aún, una mesa estrecha estaría atestada de libros. Un gran sillón de piel color verde botella llevaría a unos archivadores metálicos grises, a unos ficheros de

madera clara. Una tercera mesa, más pequeña aún, sostendría una lámpara sueca y una máquina de escribir cubierta con una funda de hule. Al fondo, habría una cama estrecha, cubierta de terciopelo azul de ultramar, llena de cojines de todos los colores. Un trípode de madera pintada, casi en el centro

JOSE CRUZ OVALLE



de la estancia, sostendría una esfera terrestre de alpaca y cartón piedra, ingenuamente ilustrada, falsamente antigua. Detrás del escritorio, medio oculto por la cortina roja de la ventana, una escabel de madera encerada podría deslizarse a lo largo de un riel de cobre que daría la vuelta a la estancia".

(Fragmentos del primer capítulo de *Las Cosas*, de Georges Perec. Anagrama, Barcelona, 1992. Título original: *Les choses. Une histoire des années soixante*, Ed. René Julliard, París, 1965)

**Fotografías de Patricio Mardones Hiche**  
Arquitecto, PUC 1999. Estudios de pregrado en la Escuela de Arte de la PUC. Desde 1997 trabaja en la oficina de Rodrigo Pérez de Arce; paralelamente ha desarrollado proyectos de arquitectura y mobiliario de manera independiente y colaborado en las oficinas de Teodoro Fernández y de Mauricio Léniz. Actualmente es profesor instructor en la PUC.